

EL MORROCOYO CUMPLE TREINTA Y UN AÑOS¹

Durante la década de mil novecientos setenta Canarias empezaba a experimentar una renovación literaria, un nuevo y espontáneo despertar de la creación narrativa que, después del oscurantismo que había azotado durante la post-guerra, avivó la expectación hacia la novela isleña. Publicada en 1972, *La canción del morrocoyo*, del tinerfeño Alberto Omar Walls, es una de las primeras obras que promueve ese movimiento reconstituyente de la prosa canaria. Asombrando a quienes la han gozado, esta novela es un ejemplo más de la magia y la fantasía que, sin duda, este archipiélago inspira.

Nacido en 1943, en Santa Cruz de Tenerife, Alberto Omar es una figura clave de la cultura canaria con una

¹ Publicado por su autor en mayo de 2003.

importante presencia en la mayoría de los campos creativos. Autor de novelas y relatos, poeta sincero, dramaturgo apasionado y mágico cineasta –por no mencionar su brillante labor como gestor cultural, profesor y ensayista–, su incesante actividad sigue definiendo a este artista, a Omar, como un innovador acérrimo, actual y auténtico; siempre comprometido con el arte y la vida.

Finalista en el premio de novela “Benito Pérez Armas” de 1971 (en 1988 gana este certamen con la novela *El unicornio dorado*) y ganador del “Pérez Galdós” en 1972, *La canción del morrocoyo* es una novela que ensaya lo místico y lo sobrenatural de las emociones y del subconsciente. Al igual que en nuestra propia mente, en él aparecen continuas tretas, absurdos y exageraciones sentimentales que no son más que un juego, a menudo travieso, en el que el creador tinerfeño nos propone participar y a disfrutar. Indudablemente, la novela posee un contenido colmado de intenciones, sin embargo, esa capacidad de sugerencia va más allá del argumento, pues la seducción se puede apreciar incluso antes de sumergirse en el deleite de su lectura. Sólo con hojearlo, el libro presenta una interesante maquetación del texto que, con páginas enteras en blanco y capítulos de una sola frase, aumenta en el lector la curiosidad por abrir esta caja de sorpresas y le da a entender que aquel juego con el autor ya ha empezado. Una vez dentro, la novela presenta una estructura compleja que, con constantes

estratagemas de sutil engaño, sorprende a los lectores que suelen asumir prematuramente ideas preconcebidas –dentro de los cuales me incluyo–. También laberíntica, la arquitectura de esta obra parece inspirada en una matrioshka –muñeca rusa de madera que contiene otras de menor tamaño–, presentando historias que esconden historias repletas de poesía que dan lugar a innumerables interpretaciones. Así, englobando todo en un universo donde predomina la fantasía –comparable, quizás, con el Comala de Rulfo–, *La canción del morrocoyo* analiza con suspicacia la propia vida valiéndose de una de las cualidades más hermosas –y, sin duda, menos aprovechadas– del ser humano: el amor y la magia.

Los personajes de esta obra evolucionan continuamente buscando la libertad y la purificación. Ellos experimentan sucesos apasionados, angustiosos y a veces cómicos que, dotados con una extraordinaria riqueza simbólica, van interpretando una sinfonía *pianissima*, un arroyo polifónico que esconde señales que delatan lo azaroso de este mundo real. Corean una canción del morrocoyo. No obstante, aunque en la novela se describan escenas en las cuales predomina la destrucción, lo asombroso es que jamás se manifiesta el odio –tan cotidiano en nuestros días– y la esperanza aflora haciendo de la vida –e incluso de la muerte– una oportunidad para volver a empezar y, nuevamente, a amar.

La frescura de esta obra y el mordaz sarcasmo disimulado con inocentes reflejos de un estilo de narración pueril –paralela al de *Celestino antes del alba* de Reinaldo Arenas–, hacen de *La canción del morrocoyo* un manifiesto aleccionador que escudriña las vidas de sus mesiánicos pobladores, de sus afortunadas víctimas, de nosotros; de los ángeles.

Sin duda, Omar, en un acto de sana soberbia, ha renovado el perfil de esos seres seráficos, recreando todo un nuevo Edén en las calles de unas ciudades que podrían ser cualquiera. Sin duda se trata de una obra experimental cuyo resultado no fue más que la simple inmortalidad.